

## RECENSIONES

JULIAN MARIAS, *La Filosofía en sus textos*. Barcelona. Editorial Labor. 1950. 2 tomos. 2196 p.

Indudablemente esta publicación, hecha bajo la dirección de Julián Marías, viene a llenar en nuestro medio un vacío de veras sentido. Ningún tipo de enseñanza de la Filosofía —más adelante se verá que la enseñanza misma de la Filosofía es algo que encierra en sí graves problemas— puede intentarse de modo fecundo sin comenzar siquiera por tener a la mano las obras mismas de los principales filósofos. Cuando la enseñanza no se hace de este modo, queda reducida o al aprendizaje más o menos memorizado de un manual, con todo lo exangüe y descolorida que es la información en manuales por seriamente redactados que estén o, lo que es peor, a disertaciones orales que, de suyo, sólo invitan al alumno a oír pasivamente. En nuestro medio, en que buenos manuales inclusive es difícil encontrar, en que las bibliotecas son escasas y mezquinas y las obras de conjunto fundamentales están en otro idioma, la enseñanza queda convertida escuetamente a lo segundo, con la circunstancia de que, al no tener a qué fuente recurrir, los alumnos terminan —y esto, los que con tal cosa memorizan— sin otro medio de estudio que el de sus propios apuntes, completos muy rara vez, sin lenguaje preciso, desordenados y oscuros y que... también tienen que memorizar.

En ambos casos, pues, el método de enseñanza utilizado priva al alumno de lo que justamente tal enseñanza filosófica debería proporcionarle; es decir, el contacto vivo con la profundidad de las cosas, incluso consigo mismo. Mucho menos se le pone en el trance imprescindible de desarrollar con esfuerzo personal su facultad de pensar, su capacidad de juicio y su aptitud de crítica fecunda. Por otra parte, con manuales o con semi-conferencias, a menudo expositivas y necesariamente sencillas y generales, dado el nivel con que llega el alumno a la Universidad, es imposible conseguir que penetre en la dialéctica viva y el sentido preciso del desarrollo del pensamiento. La exposición cronológica o la enumeración de doctrinas o temas abstraídos de toda circunstancia por inmejorables que sean, tienden a ofrecerle el falso panorama de un desarrollo abstracto, neutro y teórico sin conexión alguna con lo vivo, lo poético o creador del pensamiento. Por lo cual, el alumno, a fin de curso, con el repertorio que ha adquirido (preciso y claro, o no, según la índole y calidades del profesor), termina, en el mejor de los casos, con la impresión de que "ya ha aprendido" Filosofía y que la ha aprendido como se puede aprender Matemáticas o Botánica, es decir, sentirse personalmente comprometido en y con todo lo que neutramente ha oído desfilar ante sí.

Una publicación de conjunto como la que ha hecho Julián Marías, aunque no sea sino una vasta Antología, viene a proporcionar a profesores y alumnos un ade-

cuado elemento de trabajo con el cual será posible iniciar nuevos rumbos y métodos de enseñanza. Sobre todo, será posible eliminar en materia informativa el uso de manuales y el hábito de las lecciones orales únicas. Reemplazando el dictado de clases por el sistema de Seminarios, atendidos por el titular y sus correspondientes auxiliares, habrá oportunidad de trabajar con pequeños grupos de alumnos en reuniones en las que el contacto inmediato con los autores dará vivacidad al aprendizaje y ofrecerá el ambiente necesario para iniciarlos en el trato y familiaridad de los temas y problemas. Mucho podría decirse de la bondad del método del Seminario, pero, naturalmente, no es éste el lugar indicado para hacerlo.

Con todo, y aunque aquí no podré sino abordar ligeramente el tema, no habría que pensar que una enseñanza de la Filosofía que hubiera desterrado el sistema de manuales y el de lecciones orales únicas, sustituyéndolo por el de una información precisa en las fuentes por medio de Seminarios, habría resuelto el punto de modo satisfactorio. Y es que, como decía al principio, la misma enseñanza de la Filosofía es un problema. Si la Filosofía es ese quieto bracear de que nos habla Xavier Zubiri en la Introducción a "Naturaleza, Historia y Dios", si tiene por finalidad, —recordando la frase de Platón que cita el mismo Zubiri en el mismo lugar—, llegar a sentirse extenuado ante la profundidad de lo real y si, como precisa Ortega en su prólogo a la "Historia de la Filosofía" de Brehier, no es posible llegar a ella por el simple hecho de su "vigencia social", cabe preguntar ¿cómo se ha de "enseñar" Filosofía? Es más, ¿se puede enseñarla? ¿Existe y tiene sentido una enseñanza tal?

Para enfocar debidamente el problema hay que considerar que lo propio y genuino de la Filosofía no es el conocimiento externo de sus problemas y temas ni la investigación técnica de los mismos ni el conocimiento preciso de su desarrollo histórico ni la aguzada habilidad para relacionar unas doctrinas con otras sin nada que no sea llana y luminosamente el filosofar. Cuando no se tiene en cuenta esto, que es lo que debe estar en la base de toda iniciación en este ilustre quehacer, la enseñanza de la Filosofía nace desvirtuada desde el instante mismo de su nacimiento. Claro, que, desde tales supuestos, se hace posible "enseñar" Filosofía. Pero el que aprende de tal modo, por técnico que sea su aprendizaje, habrá aprendido precisa y fielmente algo, pero estará muy lejos todavía de haberse iniciado en lo que justamente se quiso iniciar. A manera de breve referencia recuérdese aquí la actitud que tomó Sócrates frente al joven Eutidemo, que también quería aprender, tal como lo cuenta Jenofonte en sus "Memorias" o, si se quiere, el hincapié que hacía Kant sobre la necesidad del esfuerzo personal original.

Puestas las cosas en este punto cobra todo sentido el problema de la enseñanza de la Filosofía. Porque ya no se trata de esto, sino de "enseñar" a filosofar. Y si es esto lo que hay que hacer ¿hay reglas para hacerlo? Por otra parte, ¿qué conexión hay entre el filosofar, la información y la investigación? Tal vez la actitud de los primeros filósofos, los llamados cronológicamente pre-socráticos, pueda ser una clave para resolver lo que antecede. Véase lo que dice el propio Julián Marias, citando a Xavier Zubiri, en la introducción que hace en este mismo libro (págs. 17, 18, t. I) a la Filosofía Antigua. Ahí se habla de la inmediatez de los problemas. Es esto lo que hay que enseñar a hacer. A tomar contacto con ellos y con la profundidad de lo real; a taladrar toda apariencia y superficialidad; a calar en lo hondo mismo. Aunque estén en boca de musas, los poemas pre-socráticos (lo que nos ha quedado de ellos) son un afán personal de visión profunda, una íntima convivencia con el misterio y lo arcano. Como no tenían pasado sino realidad y su genio, ahí están sus magníficos esfuerzos por desvendar la Verdad, por verla, poseerla, calarla. La enseñanza de la

Filosofía se hace así la viva introducción a un esfuerzo. Es una incitación constante a ver, a filosofar. Más que una enseñanza se convierte en una invitación fecunda y creadora. Frente a esto, que es lo primario y fundamental, la información y la investigación técnicas adquieren su propio sentido. Ya no pueden ser consideradas como fines en sí mismas. No pierden importancia ni se vuelven innecesarias. Pasan a ocupar el lugar que les corresponde, a saber, el de valiosos e imprescindibles medios para alcanzar un auténtico diálogo con el pasado, sin juicios infundados, sin generalidades ni mixtificaciones.

Sin embargo, aún no se ha dicho todo. Porque no es posible olvidar la imperecedera inserción a nuevo plano de que hemos sido objeto por el mérito de la Buena Nueva. Si todo ha adquirido un real sentido nuevo por la Redención, también la contemplación intelectual lo ha adquirido. Ya no se trata de calar en lo hondo a ciegas siguiendo la propia y personal quimera. Se trata de calar, con el mismo esfuerzo, con la misma ansia, pero para llegar más alto, al coronamiento final. No, por cierto, descuidando y desatendiendo los problemas con la seguridad de las soluciones, error del infecundo escolasticismo de la decadencia (véase Sertillanges, "Le Christianisme et les philosophies", t. 2º, pág. 7), sino con la seguridad de que siguiendo fielmente el movimiento de la inteligencia "sin pecar contra la Luz" (Blondel), viviremos las Verdades y ayudados por la gracia poseeremos a Dios. No hay que olvidar que todo el saber es como una inmensa pirámide cuya cumbre, y no parciales alturas, es lo que hay que alcanzar y poseer. Este ha de ser, pues, el término de aquella invitación.

En cuanto al libro mismo que es materia de la presente nota, se trata, como he dicho, de una vasta antología del pensamiento filosófico, que abarca veinticinco siglos de historia de la Filosofía, desde Thales de Mileto hasta Dilthey inclusive. Los textos, agrupados cronológicamente, han sido traducidos de sus idiomas originales al castellano por Julián Marias y los colaboradores mencionados en la obra. En algunos casos la traducción se ha hecho por primera vez a nuestro idioma. La selección de pasajes la ha hecho el director de la publicación, quien, además, ha redactado una Introducción a cada período clásico de la Filosofía y ha acompañado a cada texto una nota biográfica del autor y una breve referencia bibliográfica. Las introducciones y notas no son rigurosamente objetivas y técnicas. Están redactadas según el conocido criterio orteguiano de la razón vital.

*Enrique Torres Llosa.*

DAMASO ALONSO y CARLOS BOUSOÑO, *Seis calas en la expresión literaria española*. Madrid, Editorial Gredos, [1951]. 285 p.

Escondidos bajo un título quizá un tanto vago, presenta la Editorial Gredos seis nuevos ensayos que "tratan de sujetar a un sistema científico, una parte de la expresión literaria" (p. 9). Hay otras posibilidades de indagación de la obra literaria, dice Dámaso Alonso, que no consisten precisamente en calificarla de bella, gallarda, emocionante o... ¡suggerente!; es decir que está en quintillas o en ovillejos, o en contar su argumento. Su primer ensayo se titula *Sintagmas no progresivos y pluralidades: tres calillas en la prosa castellana*. Si, como dice Saussure, "la frase es el tipo por excelencia del sintagma" llamaremos *sintagmas no progresivos* a aquellos momentos de la alocución en que todas las voces que lo forman tienen una misma fun-